

1.º de Marzo de 1908. Año V. N.º 101.

Redacción y Administración: Plaza de San Ildefonso, 1. Apartado en Correos n.º 336.

Canibalismo civilizado.—Una orgía.

Por mucho que nuestros lectores se esfuercen para definir el crimen más horrendo; por mucho que hayan oído, leído é imaginado; cuando se hubieran forjado la idea de que pudiera ser, á su juicio, el más horroroso, al oir el que á continuación vamos á relatar, que es de toda veracidad, habrían de quedarse aterrados, al ver que su imaginación no pudo concebir nada tan malvado.

Una mujer ha sido la autora, y esto todavía lo hace más odioso, porque no se comprende fácilmente que el corazón femenino, dotado, por lo general, de fibras más sensibles que el del hombre, pueda llegar al estado de corrupción á que ha llegado el de una campesina rusa.

En la villa de Suboswk vive una vieja, la heroína de esta triste historia.

Con artes é instintos perversos se apoderó de un niño de sus convecinos. Ya en su poder, le degolló con la misma tranquilidad que si se hubiera tratado de una gallina.

Hallábanse reunidos á comer en su casa varios amigos y amigas de la infame vieja, previamente invitados por ella.

Saboreaban á su placer un delicioso guiso que la *bruja* les había servido; todo eran plácemes para la cocinera, pues si bien sabían las tajadas, mejor estaba la salsa, y aquí está el toque de conocer á las buenas cocineras.

La *arpía* reía, daba gracias y por demás hallábase obsequiosa y complaciente.

Mientras tanto, sus invitados hacían grande honor á la mesa, y ya tocaba á su fin el suculento y colosal banquete, cuando se le ocurrió decir á la vieja:

—¿Queréis saber qué es lo que habéis comido?

—¿Qué ha de ser? un excelente guiso de carne —fué la contestación que recibió.

—¡Pues mirad!—y añadiendo la acción á la frase, destapó aquélla una sopera que llevaba en las manos.

Quedó al descubierto la cabeza, aún ensangrentada, de un niño como de tres años de edad; del mismo que se habían comido momentos antes.

El estupor clavó á todos en sus asientos; todos permanecieron mudos, efecto de la impresión producida por la fatídica visión, reveladora á un tiempo de la maldad de la vieja y lúgubre festín á que habían asistido sin darse cuenta del engaño infame de que habían sido objeto, al propio tiempo que juguete, de los instintos de hiena de aquella mujer.

La escena que siguió cuando repuestos un tanto los comensales pudieron hablar y levantarse de sus asientos, no es para descrita.

Quién lloraba, quién sentíase ahogado por la indignación; unos se arrojaban sobre la criminal, la cual no cesaba de reir, añadiendo sarcásticas y burlonas muecas que ponían más espanto; algunos huyeron, otros, en fin, acudieron en busca de las autoridades.

¿Verdad que es espantoso? Pues en este orden de delincuencia, todavía la ha habido mayor en España, porque en trance análogo de mediar una víctima inocente sacrificada y ofrecer con ella pasto á la gula, resultó, para mayor sarcasmo, que los convidados al banquete eran, entre otros, los propios padres de la pobre criatura asesinada.

¡Angelito!

Los Tribunales ingleses han condenado recientemente á un famoso aventurero por tentativa de *chantage* contra un rico banquero, ante quien se presentó como comisionado por un grupo de millonarios sudafricanos para fomentar una revolución pacífica en el Transvaal.

El inspector de Policía que detuvo en París á von Velthein, que así se llama, contó en el curso del proceso la vida accidentada del acusado.

Nació en 1857 y se señaló desde su infancia por su precoz inmoralidad, robando cuanto hallaba á mano á su profesor y camaradas.

Habiendo manifestado el deseo de ser marino, fué enviado á bordo de un navío alemán, después á otro inglés. En 1880 se alistó en la marina de guerra alemana; pero desertó poco tiempo después, no sin haber desvalijado al comandante del buque. De 1883 á 1886 sirvió en la marina mercante inglesa. En ciertos intervalos vivió en Neustadt, donde se hizo pasar por el capitán Oliver Jackson.

En 1886 tomó el nombre de Velthein y casó en Perth (Australia) con Mlle. Marie Jearsley, la cual, habiéndole engañado y conocida la falta por su marido, no encontró manera más decorosa de quedar como un caballero que pidiendo 18 000 francos al amante. En 1888 era en Nueva Orleans agente de una Compañía marítima; después vino á Europa; vivió en Hasselfeldt bajo el nombre de Kurt; casó con una alemana y partió de nuevo para América, donde logró hacerse nombrar agente consular de los Estados Unidos; y en 1896 hizo su aparición en Inglaterra acompañado de una buena suma de miles de francos que despojó á un Sindicato de cerveceros de que era agente.

Vuelto á Alemania, casó secretamente con la señorita Schiffer, que le entregó fuerte cantidad para fundar en Londres un buen negocio; pero habiendo sabido que su marido estaba anteriormente casado, se divorció, mas no sin entregarle 25 000 francos para crear un asilo en América.

En 1897 le volvió á tentar el demonio casamentero, y, al efecto, concertó otro matrimonio con nueva víctima; pero apenas efectuado, Mlle. Schiffer, su anterior esposa, que había resultado madre, le pidió reunirse con él en América. Mejor que contestar negativa ó afirmativamente, entendió que lo que procedía era pedir dinero, y así lo hizo.

A su vez, la última esposa, al saber las uniones precedentes, entabló divorcio y pudo lograrlo, previa la entrega de 7.500 francos á Velthein.

Fué por esta época cuando partió para el Africa del Sur, donde se le nombró de la Policía montada, cargo que dimitió. Entonces comenzó su famosa empresa de *chantage* contra dos hermanos banqueros, uno de los cuales cayó muerto á sus propias manos en 1898. Expulsado, después de una sentencia absolutoria, volvió al Transvaal, y por quebrantamiento de destierro se le aprisionó.

En 1900 se hizo pasar en Trieste (Italia) como confidente de Kruger, el infortunado presidente de aquella República; manifestó, donde convenía, que era conocedor del lugar en que había ocultado su famoso tesoro, y tales artes se dió, que este asunto bien explotado le valió medio millón de francos, que se gastó alegremente en Nápoles. Después marchó á América, donde contrajo nuevo matrimonio, que no duró más que hasta el nacimiento de un niño, porque la vida de familia parecía serle imposible.

Buscando, pues, espacio para sus ambiciones, volvió á Europa, y ahora es París el sitio elegido. Hace en él conocimiento con una hermosa joven, esta vez con innovaciones, porque el acto, que se celebra en la iglesia de Saint Cloud, no lo bendice un sacerdote, sino un amigo de Verthein, que no había cursado siquiera el primer año de la carrera eclesiástica.

En 1905 encuentra en Alemania una viuda joven y rica, á quien sustrae 400.000 francos para un negocio minero, en el que él tenía, según la indicó, todo su abundante caudal. Desilusionada la viuda, reclamó al cabo de tiempo; pero el resultado de sus reclamaciones fué que concluyó por darle después voluntariamente otros 160.000 francos más.

En el momento en que se le detuvo iba á contraer matrimonio con una rica joven de Anvers, á quien había seducido

Tal es el angelito que, por ahora, va á cumplir veinte años de encierro.

Después de largo y laborioso proceso, ha sido condenado á muerte el general Stoessel, héroe un día y víctima luego de la campaña ruso japonesa. Pierde todos sus grados y derechos, *pero queda á salvo su honor*. No sabemos qué sutilezas podrán justificar esta contradicción, para nosotros inexplicable.

Vuelta á la prisión.

Una noticia verdaderamente emocionante ha circulado los pasados días por los periódicos. Un penado de largos años, no bien recobrada su libertad, ha solicitado del Gobierno francés, renunciando á la vida de ciudadanía, la vuelta al establecimiento penitenciario de donde saliera.

* * *

En 1878, después de un famoso proceso, el farmacéutico Daval fué condenado á trabajos forzados á perpetuidad, en Nueva Caledonia, como culpable de haber asesinado á su mujer empleando para ello el arsénico.

Aplicado en este corrigendo el sistema penitenciario que en parte hemos descrito en anteriores números, á poco de llegar al sitio donde había de cumplir la condena fué nombrado farmacéutico del hospital, donde pudo llevar una vida que hubiera podido ser envidiada por algún colega de la metrópoli; nada de clientela enojosa y exigente; una atención mecánica, siempre la misma; una biblioteca á su disposición; permiso para salir y pasearse; he aquí todo; sólo de amargura el ambiente de un correccional...

Después, como los otros condenados á trabajos forzados, convirtióse á los cinco años en un propietario rural, emprendiendo una nueva existencia. Padre de tres hijos, habitaba una casa capaz y confortable. Construcciones ligeras cobijaban el caballo y 16 cabezas de ganado; en el corral bullían 200 gallinas, y en toda la extensión de la finca, unas 7 hectáreas de tierras fértiles en plena producción, recolectaba tabaco, café, cereales y otros frutos, que vendía por la intervención del Sindicato de los forzados propietarios.

En esta situación dábase el caso de tener á su servicio, como criado, un recluso cumplido, de donde resultaba que el penado era el amo del libre. Anomalía propia del sistema.

Daval.

Con su laboriosidad y con la bondad del terreno hallábase en vías de obtener una fortuna que no valuaba, al cabo de algunos años, en menos de 50.000 francos; pero, sobre todo, predominaba una idea en su cabeza, la de conseguir la declaración de inocencia que le rehabilitara á los ojos del mundo.

Llegó al cabo ese momento; pero llegó con él la pérdida del bienestar, y por eso, tras mucho batallar, vuelve los ojos á las tierras que al otro lado del Atlántico fueron más generosas en su desgracia que lo es ahora su misma patria.

Como nada explica mejor su situación que la carta que dirige al presidente de la República solicitando la comentada vuelta, la copiamos íntegra.

Dice así:

«Señor presidente:

Voy á solicitar de su mucha bondad el favor de volver á la penitenciaría.

Inocente, reconocido como tal, como tal indultado, pero no rehabilitado, mi vida es en adelante, en esta tierra de Francia, que durante veinticinco años he aspirado á volver á ver, la de un desesperado.

No puedo ya luchar, mis fuerzas acaban; os pido, señor presidente, me permitais regresar *allá abajo*. Durante veinticinco años he vocedo mi inocencia; un hombre vino al fin y oyó mi llamamiento, él demostró lo infundado de la acusación abominable que me había hecho condenar, y gracias á él pude esperar que la hora de la justicia iba á sonar al fin para mí.

Me declaro deudor para ese hombre, para Jacques Dhur, tan desinteresado y generoso, de un infinito reconocimiento; pero sus esfuerzos y los de su periódico hubiesen sido vanos sin la alta bondad del presidente M. Loubet, que firmó mi indulto y al que dedico toda mi gratitud.

Volví á Francia en 12 de agosto de 1902 y pedí bien pronto la revisión de mi proceso. Sin duda alguna esto no podía ser más que un mero formulismo. Durante semanas, meses, años, teniendo en mi favor la opinión de sabios como los Cornil, los Galippe, etc., sostenido por mis bienhechores, por el Cuerpo farmacéutico, por los estudiantes de nuestras escuelas, por amigos, conocidos y aun desconocidos, esperé esta revisión, único fin de toda mi existencia.

¡Decepción más terrible que mi condena misma! El Tribunal de casación, desconociendo la evidencia de los hechos y atrincherándose tras la casuística jurídica, ha dejado escapar un dato nuevo que hubiera debido brillar á sus ojos.

En efecto: en el informe de los peritos nombrados por el Tribunal de casación aparecen estas líneas, haciendo resaltar un hecho que en el primer proceso no se había apreciado.

«Los accidentes gastro-intestinales que ha sufrido madame Daval han sido señalados por el Dr. Dervilles con el nombre de gastro-enteralgia, en una crisis sobrevenida antes del matrimonio.»

¿Podía existir un testimonio más justificado en favor de la revisión? De hoy en adelante la esperanza huyó de mi pensamiento. No puedo abusar más tiempo de los trabajos y de los recursos de los que, después de haberme sacado de la penitenciaría, me han sostenido hasta el día... Pido volver á ella.

Lo pido para tener siquiera la seguridad del mañana.

Ciertamente, los veinticinco años que he pasado en el penal han sido para mí veinticinco años de espantosas torturas morales, pero únicamente de torturas morales; las torturas de un inocente condenado á vivir en un medio de perpetua revuelta contra una suerte abominable.

Materialmente, en realidad, he sufrido poco. En cambio, aquí, en París, en esta villa inmensa y generosa, pero donde mi reclamación no ha tenido más que muy escaso eco, no queda otra perspectiva que la miseria hasta la muerte.

La sed de justicia que me devoraba me hizo huir con alegría, al solo anuncio del indulto, de la relativa comodidad en que vivía.

Esperando que mi inicuo proceso, revisado ya ante la opinión pública, lo fuera bien pronto, oficialmente, por el Tribunal Supremo, he sacrificado todo lo que había adquirido durante veinticinco años de labor ininterrumpida.

Mis esperanzas se han visto defraudadas. No tengo más que un recurso, señor presidente. Inocente, indultado, pero vencido por el implacable destino, os pido muy humildemente el favor de volverme á la penitenciaría.—Firmado: *Daval*, antiguo farmacéutico.»



Esta carta y este arranque han conmovido á la Francia. El Cuerpo médico-farmacéutico ha sido el primero en manifestar la impresión que le domina, resolviendo acudir en seguida en ayuda del desgraciado.

Iniciada una suscripción en favor del mismo, bien pronto adquirió consoladoras proporciones, pues sólo el Sindicato del citado Cuerpo famacéutico aportó 8.000 francos.

El llamamiento será oído en todas partes, y mediante la acción colectiva de la caridad, encontrará al cabo este infortunado el bienestar á que sus tribulaciones le dan perfecto derecho.

Las huellas de un preso.

Pasó aquella efervescencia que creara en los ánimos el proceso incoado para depurar y corregir el horrible atentado contra Sus Majestades el día de su casamiento. La siniestra figura de Morral, contra la que se excitaron todos los odios y toda la reprobación de aquel acto cruelísimo, dejó en el curso del procedimiento su lugar á otro nombre, sobre el cual se fijó la inquisitiva.

El fundador de *La Escuela Moderna*, el racionalista Ferrer, constituyó un tiempo el gran enigma de aquel acontecimiento. La política, toda pasión, le presentó como víctima de las miserias y de las venganzas humanas.

Propagandista de ideas salvadoras, alma templada en la adversidad y preparada para todas las conquistas de la civilización, allí gemía en los calabozos de la cárcel, esperando resignado el fallo, probablemente injusto y duro, de los hombres, que, inferiores á él, no sabían ni siquiera comprenderle.

Poco más ó menos, esto venían á decir sus panegiristas.

Reciente escrito de D. Rafael Salillas, director de la Cárcel Modelo, nos le da á conocer con documentos tan íntimos, tan auténticos y personales, que para darse perfecta idea de su condición, ellos solos sirven algo más que si se hiciera un largo y razonado estudio.

En ese trabajo se ve que el amigo de Morral entretuvo sus ocios de clausura llenando las paredes de su celda con escritos que, á manera de pensamientos, condensaban los que bullían por entonces en su imaginación.

Hélos, aquí, como muestra de que no deben sorprender por la novedad, ni por la profundidad ni elegancia.

* * *

«Mientras exista un Cuerpo de Penales y cárceles donde prestar sus servicios, no podrá titularse civilizada la nación que los ampare.»

* * *

«Si desde el recluso pasamos á los carceleros que lo guardan, á los jueces que lo condenaron, á los civiles que lo llevaron preso, á la Policía que lo detuvo, á las personas que hayan podido denunciarle y á lo que se llama sociedad en general, y estudiamos la conciencia de cada cual, hallaremos que todas las personas que tengan realmente conciencia de sus actos, si persona hay en el mundo que la tenga, será la del recluso, será la conciencia del recluso la que tal vez sea la más tranquila.»

* * *

«Todos, absolutamente todos, tenemos una parte de responsabilidad en cada delito ó crimen que se comete y entre todos la tenemos muchísimo más grande que la del delincuente.»

* * *

Un pensamiento.

«Si los hombres fuesen razonables, no permitirían las injusticias contra sí, ni á sus semejantes, ni tampoco querrían producirlas.»

* * *

Un consejo.

«No más dioses ni explotadores
sean adorados ni servidos;
vivamos todos entre amores
de compañeros correspondidos.»

* * *

«No esperes nada de los otros, por bellas cosas que te ofrezcan ciertos sabios y poderosos, porque si dan, también esclavizan.»

* * *

«Mi ideal es la enseñanza
pero racional y científica,
cual la de la Escuela Moderna,
que humaniza y dignifica.»

* * *

Se ocupó en recortar periódicos y colocarlos también en la pared: allí se ven caricaturas del Papa, de algunos curas, militares y frailes.

Hechicerías.

El mundo marchará rápidamente por las anchas y despejadas vías del progreso, pero lo cierto es que á veces no lo parece.

Todo lo concerniente á sortilegios y brujerías parecía quedar ya relegado á los pasados siglos; sin duda había error en tales presunciones, porque de día en día aumentan las hechicerías en nuestra vida.

Entre otros casos, citaremos que el Juzgado de Bruselas ha recibido la denuncia de tres individuos que habían sido embaucados por una *tiradora de cartas*, para asesinar á un cervecero de las inmediaciones. En el juego entraba la mujer de la presunta víctima, que para ser viuda lo más prontamente posible, acudió á las artes de la hechicera encargándola un brebaje, y los oficios de los que se arrepintieron antes de obrar.

En Alemania hay ahora el asunto de los venenos. Acaba de detenerse á otra hechicera que vendía á 6 francos 25 céntimos una preparación infalible para *conducir los maridos infieles ante sus legítimas esposas.*

En casa de aquélla han sido encontrados 11.870 francos, representando la venta de 1.900 botellas de la preparación maravillosa, y como el pueblo donde eso sucedía no cuenta más que con 8 400 habitantes, esas cifras dan una bien triste idea de la virtud de los ciudadanos de Edenkoben, que así se llama.

Es verdad que á pesar de su audacia y de su ciencia oculta, la hechicera no había osado poner en venta su suero *para conducir las mujeres infieles ante sus maridos legítimos.* ¿Serían precisos capitales demasiado fabulosos?

Y todo esto lo decimos á propósito de otro caso de hechicería recientemente ocurrido en España, del cual se han ocupado los periódicos, y para demostrar que en todas partes cuecen habas.

La estafa es infinita en sus formas.

Una banda compuesta de gentes de todas condiciones se había concertado admirablemente para fingir accidentes, en los cuales desempeñaban, alternativamente, el papel de testigos y de lesionados, con perjuicio de las compañías aseguradoras que para todo existen ya constituídas.

Simulado el accidente, se repartían el respectivo cometido que en el mismo se atribuían y exageraban todo lo posible las consecuencias En seguida apoyaban sus dichos por las manifestaciones de terceros que aseguraban, falsamente, haber presenciado la ocurrencia y al mismo tiempo preparaban todo lo necesario para su exhibición llamativa, con el acompañamiento de heridas, llagas, certificados médicos y cuanto era necesario para convencer al más incrédulo.

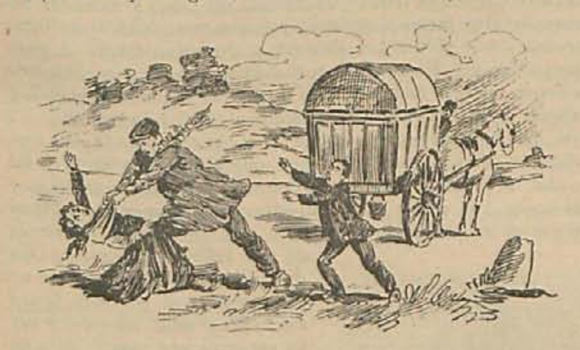
Nada hay eterno en el mundo, y esta provechosa industria no podía durar. Descubierto el engaño, han pasado sus autores á meditar en un presidio sobre la inseguridad de los planes mejor combinados.

Repugnante crimen.

No queremos, ó mejor dicho, no sabemos colocar títulos aborrecibles y denigrantes adjetivos al siguiente criminal suceso. Decididamente, nuestro idioma, que creíamos rico, es torpísimo, porque no contiene las palabras adecuadas para dar fiel expresión á todos los pensamientos que se nos agolpan.

Caminaban juntos dos hermanos: ella, de catorce años, se llamaba Elena Sevillain; él, de doce años, era cieguecito, y lo conducía de la mano su cariñosa y protectora hermana.

Por el camino de Neufchatel-en-Bray, en su misma dirección también, marchaba un carricoche conduciendo á dos hombres, Bassart y Stuegard. Pronto les dió alcance, y á lo que pa-



recía, movidos á compasión, les invitaron á continuar el camino subidos en el carro.

Con lágrimas de agradecimiento aceptaron. ¡Nunca lo hubieran hecho!

Poco habían caminado juntos, cuando á aquellos salvajes se les ocurrió la maldad más grande que puede concebirse.

De la infeliz Elena abusaron torpemente, y luego de saciar su repugnante apetito, la mataron estrangulándola.

Después la pusieron en la mitad del camino é hicieron descender al pobre cieguecito, que no se había dado cuenta del crimen que á su lado se había cometido.

El pobrecito daba voces llamando á su hermana, sin sospechar que la tenía á dos pasos, ya cadáver.

¿Hay algo más inhumano? Nosotros mismos no nos contestaremos, porque tal vez mañana nos sorprenda algo que *no desmerezca* de esta salvajada.

Policía portuguesa.

La deficiencia de la Policía portuguesa queda comprobada con sólo explicar la forma en que se recluta, que no deja de ser curiosa

Cada cuatro meses ábrese concurso para las plazas existentes en los Cuerpos de Lisboa y Oporto, siguiéndose el sistema, siempre igual, de anunciarlo en los periódicos por medio de edictos, en los que se expresa que se reciben las solicitudes de los candidatos durante un plazo de tiempo determinado, indicando los documentos que deben acompañar.

Aparecen, como es de suponer, á docenas y aun á cientos los pretendientes, presentando sus instancias, *escritas de su propio puño*, como les es exigido, y reconocida la letra por un Notario, que certifica *haber sido escrito en su presencia*, se unen los documentos prevenidos, que son: licencia militar ó documento que le sustituya, con el que demuestren que sirvieron en el Ejército ó en la Armada y que allí observaron buena conducta, que están dentro de los límites de la edad comprendida y tienen la talla reglamentaria; certificado del Registro criminal, en el caso de haber pasado á la reserva con tres meses, cuando menos, de antelación, para confirmar que no han cometido ningún crimen después de dejar el servicio militar activo. Y nada más.

Con ser poco, lo mejor no es eso; lo mejor es que aunque la instancia está *escrita por el propio puño* de los candidatos, como certifica el Notario, en la mayoría de los casos es empleando un subterfugio que consiste en *calcar*, letra á letra, el modelo que previamente se les hace, ó bien *rellenando con tinta* lo que con lápiz ha escrito otra mano en el papel sellado.

Así es como son muchas veces alistados los Cuerpos de policía, y si en punto tan elemental como es el de la escritura ya se ve la escrupulosidad con que se mira, puede deducirse por ese dato lo que ocurrirá con los demás antecedentes.

Por eso goza de tan escasa consideración pública, y por eso acuden á formar parte de sus filas elementos humildísimos é ignorantes, que no logran imponerse y que, por el contrario, llevan en sí la base de una desconceptuación, de la que no se pueden redimir.

El terrorismo en acción.

La barbarie humana ha vuelto de nuevo á enseñorearse de la capital catalana; todas las frases condenatorias, todos los acentos de indignación, todo cuanto signifique asco, repugnancia, oprobio, todo debe arrojarse á la cara de esas infames gentes, empeñadas en una desoladora campaña, cuyo término se desconoce y cuyo origen y fundamento se ignoran también.

Ante esos incalificables crímenes, parece mentira que cuantos sientan arder en su pecho la llama de la caridad, siquiera, dando de lado miserias y pequeñeces políticas, no aunen sus esfuerzos, y sumándose para ese solo fin al Gobierno, sea el que fuere, no cooperen á la obra redentora que con mejor intención que fortuna viene persiguiendo hace ya tiempo.

La labor aislada y exclusiva de los poderes públicos no se ve apoyada por una acción decidida, resuelta é incesante de todas las clases sociales, cada una en su esfera; si en vez de frases que animen sólo encuentra la crítica despiadada, y á la ayuda viril sustituye la resistencia, tan insensata como injustificada, el resultado ya se sabe cual será y Dios proteja á los hombres honrados.

Venir con pujos de legalidad para quienes se colocan fuera de toda ley, y alardear de estúpidos respetos en favor de aquellos que avasallan lo humano y lo divino es el colmo de la pe-



Ultima víctima del terrorismo catalán.

dantería, si no lo fuera también de la imbecilidad. Por esas y otras plañideras sensiblerías, ó por esas y otras mezquindades en que la pasión política ahoga todos los sentidos, hemos prosperado hasta el punto en que nos vemos, y por esas consideraciones mal entendidas, la situación que lamentamos ha podido alcanzar la importancia que ahora tiene.

¡Ah, si la ley se hubiera aplicado con la dureza que el caso exige.. !



Más dulce la serena, se había habituado mejor que él á esa existencia negativa. El vacío del alma no podía existir para ella, era mujer y amaba; así, aun cuando no participaba enteramente de los sentimientos del guapo, padecía por verle sufrir, y su ingeniosa ternura no tenía otro objeto, otra ocupación que consolarle.

Viendo que hacía más de una hora que Manofina, inmóvil, apoyado en sus rodillas no le había dirigido la palabra, Culebrina pasó su delicada mano por la áspera y negra cabellera del guapo.

Manofina se estremeció, y levantó lentamente hacia su compañera los ojos tristes y sombríos.

—¿Qué quieres, alma mía?—dijo.

—Quisiera verte feliz—respondió tristemente la serena.

Estremecióse el guapo como si hubiesen aplicado la mano sobre la llaga viva; pero no contestó.

—¡Oh! ves, Manofina—prosiguió la joven con una expresión profundamente apasionada—, bien puedes decir que me engaño, y aparentar que eres feliz cuando encontramos antiguos camaradas; yo veo claramente al fondo de todo esto; te consumes, sufres, y este retiro, que te pareció tan dulce en los primeros días, se ha vuelto para ti más triste que una prisión.

—¡Oh! Culebrina, no me lo eches en cara—contestó el guapo, manso como un cordero á fuerza de amor.—He hecho todo lo que tú has querido, obedeciendo al mismo tiempo al apóstol: pues bien, á pesar mío, me ahogo, y me parece por momentos que esta montaña que nos cubre va á hundirse sobre nosotros. ¿Ves, alma mía? Tengo algo que no comprendo, porque soy un ignorante, y que no obstante quisiera saber, porque esta vida se me hace insoportable, y sería tiempo de acabar con ella. Había prestado juramento de obedecer toda mi vida al maestre de la Garduña; tú sabes si cumplí fielmente mucho tiempo mi promesa.

—¡Oh! sí; tú eres el más bravo de nuestros hermanos—exclamó la serena. El instinto de la gitana acababa de despertarse.—Sí, ¡la Garduña puede lisonjearse de que no te reemplazará jamás!

—Pues bien—prosiguió el guapo—, el maestre me había ordenado que quitase del medio á don Esteban de Vargas.

—¿Y qué?—dijo la serena.

—No te lo echo en cara—continuó Manofina—; pero tú me suplicaste que no acabara con ese caballero, saliste á mi encuentro como una leona para detener mi brazo y ablandar mi corazón; vino luego el apóstol, y finalmente, falté á mi juramento y dejé vivir á don Esteban... Después—añadió el guapo con un aire feroz—, como un crimen arrastra siempre á otro crimen, renegué de la Garduña, abandoné á mis hermanos... y ahora... ¡Oh!... ahora—prosiguió con sombrío entusiasmo—, yo, que era siempre el primero en el peligro, paso la vida tendido en tierra como un perro; yo, que vivía con la punta de mi puñal, me alimento con la melopía de los frailes; y en fin, por la noche... sí, por la noche, mientras que tú duermes á mi lado y que yo no puedo pegar los ojos, si el viento agita las ramas de los árboles, me parece oir gemidos de agonía... cuando un rayo traza en el aire una figura roja y sangrienta, me parece ver un espectro que pasa delante de mí para desafiarme ó espantarme... y en fin... en fin... yo que tantas veces había arrostrado la muerte, tiemblo al «cri cri» del grillo que anda por encima de un montón de tierra... me he vuelto cobarde como una gallina... tengo miedo...



Al acabar estas palabras el guapo, había tomado una lívida palidez, un sudor viscoso y frío cubría su frente bronceada, y sus ojos, húmedos y esquivos, manifestaban un indecible sufrimiento.

Levantó la serena en sus brazos la cabeza de Manofina, y apoyándola en su seno con adorable ternura, cual una madre lo hubiera hecho con su hijo enfermo, besó con dulzura su frente, como si el contacto de sus labios hubiesen podido calmarle.

Era, efectivamente, un bálsamo consolador para el corazón del guapo; cerró dulcemente los ojos para no ver más los fantasmas que le cercaban, y apretó la cabeza contra el pecho de la serena para refrenar los rápidos latidos de sus sienes.

—Corazon mío—dijo la gitana—, ¿por qué padeces así? ¿por qué te echas en cara como un crimen la más bella acción de la vida?

—Temo que Dios me castigue por haber faltado al juramento hecho á la hermandad.

—El apóstol te ha absuelto, ¿qué temes?

—Es verdad, el apóstol es un santo, y no nos hubiera engañado—dijo el guapo algo tranquilizado.

—¿No fué él quien rogó á Dios que te volviera la salud cuando estabas tan malo, que todo el mundo se había alejado de ti, temiendo contagiarse?

—Excepto tú, Culebrina mía, tú que fuiste á buscar al apóstol para resucitarme, tú que no temiste al contagio.

—Yo no tenía mérito en eso—dijo ella encogiendo ligeramente los hombros—, ¿qué habría hecho yo si hubieses muerto? Lo más sencillo era caer enferma y morir contigo.

—¡Oh! ¡conozco que me amas! - exclamó Manofina con una alegría mezclada de orgullo —; conozco que siempre me has dicho la verdad.

—¡Pobre inocente!—dijo—, te amo tanto porque Dios lo quiere, y por ser su voluntad hemos dejado la Garduña.

—¿Lo crees así?—dijo cándidamente el bravo.

—El apóstol me lo ha dicho; y todo lo que él me dice lo creo—respondió piadosamente la joven.

—Tal vez tienes razón, Culebrina—murmuró el guapo, pensativo. —¡Oh! pero — prosiguió repentinamente con ligera amargura—, vivir sin hacer nada, sin correr las aventuras, sin exponer su vida de día y de noche, sin que nadie os diga jamás:—«Bien está, bien hecho, Manofina.» Esto, alma mía, es capaz de hacer perder la paciencia. Aun si yo pudiera salvar las víctimas de la Inquisición, como decía el apóstol, ¡batirme contra los familiares del Santo Oficio, como en la noche en que libramos aquella señorita que tú sabes!

—Estuvo bien hecho—dijo la serena—; el apóstol había mandado salvarla.

—¡Oh! con todo, á no ser por ti—prosiguió Manofina, cuyos ojos se animaban al recuerdo de aquel combate nocturno—, sin ti, Culebrina, allá acaban mis días. Manofina ya no hubiera esgrimido más su cuchillo de Albacete.

Expresándose así el guapo tocaba con placer el mango de marfil de su puñal español, cuya ancha hoja relucía á la indecisa claridad del hogar.

(Continuará.)

Brutal agresión.

La lenidad en el castigo de los delitos produce, á la larga ó á la corta, sus naturales frutos.

El 14 de febrero recibió el comandante del puesto de La Guardia (Alava), D. Cesáreo Casi Mendoza, comunicación del juez municipal para detener á Félix Martínez Benito, habitante en el caserío de Castejones, con el fin de cumplir seis días de arresto en equivalencia de las 30 pesetas de multa impuesta por uso de armas prohibidas.

Acompañado del guardia 2.º D. Ildefonso Martínez Sanz, se presentó dicha clase en el domicilio indicado, y notificado el objeto, el que había de ser detenido se internó con el fin de proveerse de ropa, como expresó, pero al salir lo hizo llevando en la mano un hacha, con la cual, sin pronunciar palabra, se abalanzó rápidamente, enviando con ella un tajo á la cabeza del cabo, del cual se libró gracias á que dió en el marco superior de la puerta.

Seguidamente se apoderaron del sujeto, que pusieron á disposición de la autoridad militar, que sabrá castigar como se merece este hecho tan brutal como traidor.

El miedo, delator.

Dos bribones, buenas piezas, llamados Thibault y Lamoureux, valiéndose de sus tretas lograron apoderarse de un precioso automóvil; como estos *animalitos son dóciles* y se dejan robar sin protestas ni gruñidos, caballeros en él volaban los dos *héroes*.

Su destreza como conductores no es tanta como en el



ramo de robar, y esto les ha perdido. Está visto que zapatero á tus zapatos, y ellos se salieron de su oficio.

El caso fué que el automóvil dijo: me paro; y encalló.

Por más que hicieron, el carruaje no quiso salir de su *aplastamiento*.

La gente ansiosa se agolpó y hubo quien quiso prestar ayuda. Con este mismo propósito se acercó á ellos una pareja de agentes de la Policía. Los ladrones no quisieron *descender* á tanto como permitir ser auxiliados por la justicia, porque no quieren de ella ni *la unción*. Fuera por eso ó porque se creyeron descubiertos por su robo, y *nosotros estamos por afirmar que fué por esto último*, el hecho es que salieron volando, con más velocidad que en el propio *auto*.

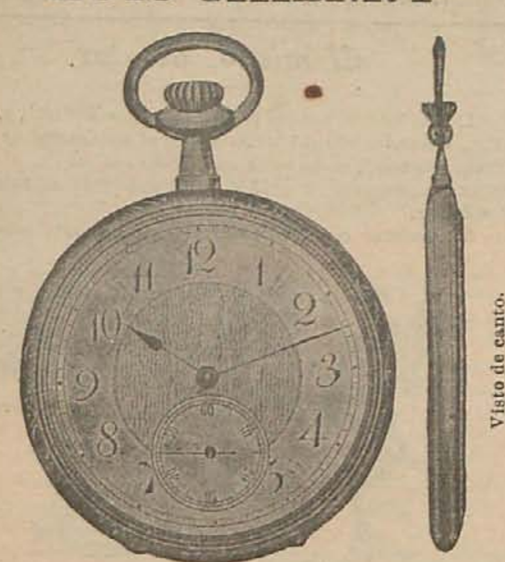
Los de la Policía también se traían más de treinta caballos en cada pierna; cada pareja gastó su gasolina y al fin fueron presos, confesando su robo.

Nosotros además de afearles su acción, los creemos unos *primetes*, porque si se aguantan y prefieren ser auxiliados, se suben al carruaje y cualquiera se entera de sus antecedentes. Respondemos que en Madrid hubieran ocurrido los hechos como decimos.

Gran Relojeria de Paris.

LUIS THIERRY

Fuencarral, 59.—Madrid.

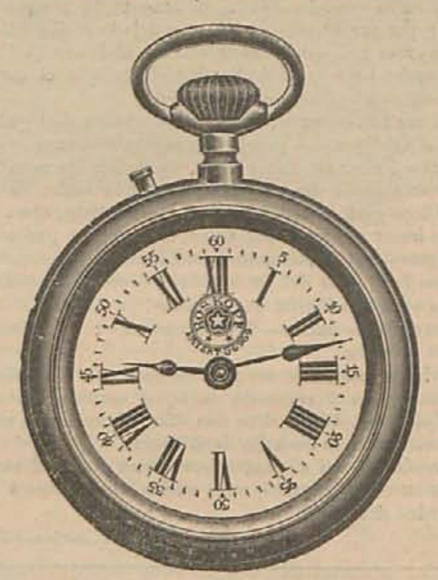


Nuevo reloj.

La novedad presentada por el Sr. Thierry, obtendrá seguramente extraordinaria aceptación.

El reloj **Victoria** es de metal blanco, forma Luis XV, con la corona chapeada de oro, modernista, extraplano, casi del canto de un duro, de rica ornamentación al dorso, incrustada en esmalte sobre fondo negro; esfera dorada, canto artísticamente cincelado y maquinaria perfecta, caja inalterable, **26 pesetas.**

En 4 plazos.



El reloj Roskopf Patent, garantizado.

Verdadero y legítimo.

En tapa acero con asa chapeada oro, **35 pesetas.**

En níquel puro, el mismo precio.

Idem en extraplano, gran novedad, **40 pesetas.**

En 5 plazos.

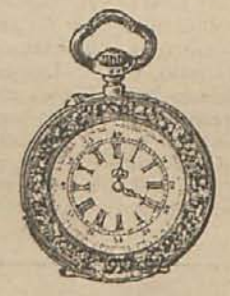


¡NOVEDAD!

Reloj de señora azulado, adamasquinado, con incrustación plata inalterable, **32 pesetas.**

Máquina superior extra, **37 pesetas.**

En 5 plazos.



Gran novedad.

En el deseo de complacer á nuestros numerosos parroquianos, hemos conseguido, por medio de las grandes manufacturas *suizas*, la fabricación del reloj de oro, de señora, que representa nuestro grabado. Es de oro bajo de 7 quilates, en lugar de 18, que es el oro de ley, y sin embargo, no se diferencia del verdadero en su color y belleza, que conserva siempre.

Lo ofrecemos á un precio sumamente barato, teniendo en cuenta además que se trata de un reloj de verdadera fantasía y buena máquina, caja de oro bajo, 7 quilates, guardapolvo interior de metal símil oro, **10 pesetas.**

Idem con doble tapas, **48 pesetas.**

En 5 plazos.



Magnífico reloj de señora, de plata dorada, con fondo relleno de perlas, máquina superior, **39 pesetas.**

Nota. Este reloj no es de doble tapa, y su dibujo indica la parte de atrás.

En 5 plazos.

Advertencia.—Todos los relojes de la Casa van acompañados de su estuche con la marca LUIS THIERRY, quien los mandará certificados, con aumento de 1,50 los de caballero y una peseta los de señora. Va franco de porte y embalaje; los relojes de pared ó sobremesa, hasta la estación más próxima.—**No olvidar de indicar la estación para evitar errores ó retraso en los pedidos. Los pedidos á L. Thierry, calle de Fuencarral, 59, Madrid. Apartado de Correos núm. 364.**

MADRID.—Imp. de R. Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 316